

La “presencia” del adulto acompañando el juego del niño/a

Mi recorrido antes de trabajar con niños viene del ámbito de la psicología humanista.

Después de participar varios años del programa de formación SAT dirigido por Claudio Naranjo, una visión integradora de la psicología y de crecimiento personal, llegué al mundo de la educación y de los niños. Cuando conocí uno de los proyectos educativos de los que participo actualmente, La Caseta, pensé que no había tanta diferencia entre lo que yo vivía en estos encuentros de crecimiento personal como adulto y cómo se deberían sentir estos niños en ese espacio de juego, experimentación, comunicación, respeto y amor.

Un espacio donde los niños y niñas son mirados amorosamente, son cuidados, acogidos y sobretodo donde existe un marco suficientemente preparado como para que cada uno, en la medida de sus posibilidades, pueda ir escogiendo qué quiere hacer, dónde, a qué y con quién quiere jugar y sobretodo pueda expresar sus emociones y necesidades en todo momento. Un ambiente preparado para el crecimiento, tanto de niños como de adultos.

Las dos palabras que me resuenan en común a estos dos ambientes son: la presencia y la actitud amorosa.

Presencia y actitud amorosa hacia mí y hacia los otros.

Parto de considerar que el acompañar la crianza está basado en un sentimiento de amor, de cuidado, de respeto por el alma, la esencia o como queramos llamarle... esto que trasciende lo que podemos ver y tocar del otr@. Esta actitud amorosa está en consonancia con una aceptación muy profunda de mi misma y del otr@.

Mi otro supuesto es que para acompañar a un niñ@ es imprescindible ser y estar en el aquí y ahora, lo más presente posible en una actitud de apertura emocional para poder vibrar en su sintonía.

Tampoco hablo de un adulto en actitud meditativa todo el tiempo. Así como Winnicott planteaba que para un niño no era necesario tener una madre perfecta sino una madre “suficientemente buena”, también podríamos pensar que el niño necesita un adulto “suficientemente presente” a su lado.

La actitud de quien acompaña hace la diferencia.

Hace la diferencia entre el juego de un niño en el parque, con su mamá sentada en el banco conversando con otras mamás, a un espacio donde el niño siente reconocido en la mirada de su mamá o de los adultos que le acompañan. En donde los adultos acompañan su exploración del espacio y su juego.¹

¹ No hago un juicio de valor en relación a esta diferencia, sino simplemente describo dos situaciones que ilustran dos formas de estar con un niño.

El adulto, sin dirigir la experiencia del niño, puede participar de ella con su presencia como "compañero simbólico" de juego.

Tomo el concepto de "compañero simbólico" de juego de Bernard Aucouturier: en tanto no somos niños jugando, somos adultos que podemos jugar con el niño o acompañarlo en su juego más o menos activamente desde una situación de asimetría y sobretodo siendo garantía de su seguridad física y emocional.

Hasta aquí no diferencio entre el lugar de los diferentes adultos acompañando al niño, hablo de presencia y actitud amorosa tanto de una madre como de un educador/a.

Pero qué sería lo específico de la función o el rol de un adulto en un espacio familiar o un espacio de juego compartido con madres/padres y profesionales que acompañan este encuentro.

El proceso de la maternidad implica, si hay una apertura a vivirlo, un gran proceso de introspección para la mujer. El encuentro con su propia sombra, al decir de Laura Gutman. La mujer se encuentra frente a una experiencia muy profunda que la lleva a una conexión consigo misma, con su propia historia y la de sus generaciones pasadas. Probablemente ha de ser una de las experiencias más intensas y movilizadoras en este sentido.

Winnicott hablaba del concepto de Preocupación Maternal Primaria, como ese estado que la mujer adopta instintiva e intuitivamente con la maternidad, y que se caracteriza por un estado de especial apertura emocional, empatía y capacidad para identificarse con su bebé y así poder responder a sus demandas. Responder no desde lo que "pienso que necesita", sino desde lo que "siento y sé que necesita". Es un registro que tiene que ver con el desarrollo de una hipersensibilidad que permite saber con certeza qué necesita el bebé en ese momento.

Algo de esto está relacionado con la presencia de la que hablaba anteriormente.

Un educador/a que se encuentra en un espacio preparado para acoger a niños y sus mamás y/o papás ha de tener esa posibilidad interna de conectar con este estado de apertura emocional para realmente estar preparado a "escuchar" esto que no tiene que ver con las palabras o para "saber" esto que no se puede saber desde la razón o el pensamiento.

Es decir, el adulto que acompaña a una díada de juego madre/hij@ ha de poder entrar y salir de este registro emocional que comparten la madre y el niñ@, para poder desde allí acompañarlos en esa experiencia tan profunda del encuentro.

El adulto que acompaña, también ha de tener esta posibilidad de apertura emocional y de hipersensibilidad, para dejarse impactar por lo que allí sucede y para, a partir de ese impacto, acompañar la experiencia.

Esto puede implicar intervenir –actuando o no-, y sobretodo implica acompañar sin dirigir la experiencia y sin invadir esta relación tan íntima que se establece en el juego de una mamá con su hij@.

La presencia del profesional garantiza en un espacio de juego compartido donde participan varias familias, un ambiente suficientemente libre de tensiones. Es decir, la función del educador será la de garantizar que se preserve ese ambiente armónico y que puedan convivir varios proyectos de exploración y juego simultáneamente en el mismo espacio en un clima de respeto mutuo.

Desde este tipo de presencia, en donde el educador también conecta con su emoción, su instinto o intuición, además de con su razón, es que este profesional está disponible para acompañar los conflictos que puedan surgir, las dificultades para poner o respetar los límites, las diferencias entre los estilos de cada familia, etc...

¿Cómo se aprende esto de la “presencia”?

Quizás podríamos decir que esta capacidad de estar presente no se aprende, cada uno la construye. Así como nadie enseña a nadie, sino que cada uno realiza su propio proceso de aprendizaje en un contexto que lo facilita, el desarrollo de la presencia será un proceso donde cada uno será el protagonista de su historia.

La presencia es la consciencia de mi misma, de mis emociones, de mi cuerpo, de mis pensamientos. A partir de estar centrada en mí, puedo percibir a los otros desde allí. Consciente de mis emociones, mis pensamientos o mis impulsos puedo discernir lo que me es propio de lo que no, lo que puedo estar proyectando de mí, de mi historia, de mi carácter, de mi forma de ser y percibir el mundo en un conflicto o en cualquier situación.

Esta consciencia de mí me permite estar disponible emocionalmente para el otro, me permite desarrollar la escucha en el sentido más amplio.

Entonces si es todo esto, es imposible que se pueda aprender por la vía tradicional: a través del intelecto o la razón. El trabajar sobre la presencia del educador/a implica un trabajo que parte de la propia vivencia para luego pasar al lenguaje verbal.

Existe una gran diversidad de caminos a través de los cuales trabajar sobre la consciencia de uno mismo, pero todas requieren la implicación vivencial y sobretodo el trabajo personal o de autoconocimiento.

*Para aprender a caminar
el niño tiene que estar en un contexto
en donde las personas caminen*

*Para aprender a hablar
es necesario que el niño esté rodeado
de personas que hablen*

*Para crecer,
es necesario que los niños
estén en un entorno donde las personas crezcan*

Este trabajo de autoconocimiento o introspección en tanto implica ampliar nuestra consciencia, necesariamente tiene que ver con un trabajo de crecimiento personal.

Qué aspectos externos e internos influyen en el estar presente

Los niños viven el aquí y el ahora de forma natural y espontánea.

Viven en conexión directa con sus estados emocionales, con su cuerpo, su movimiento, su placer y su displacer. Si un niño ha sido suficientemente respetado no perderá esa conexión innata con sus propias necesidades vitales, con su consciencia de sentir frío o calor, hambre o sed, si necesita estar solo o acompañado.... Y si ha sido suficientemente escuchado y respetado también será capaz de identificar cómo se siente en cada momento, si siente tristeza, rabia, alegría o placer, más allá de que le pueda adjudicar una palabra a la emoción.

Pero los adultos generalmente necesitamos transitar por otros caminos que nos permitan volver a estar nuevamente conectados a nuestro cuerpo, nuestras emociones y nuestros pensamientos más genuinos. Necesitamos traspasar nuestros miedos, bloqueos, prejuicios, ideas introyectadas desde el exterior, desconexiones con nuestro mundo emocional... Es decir, los adultos necesitamos pasar por un proceso de trabajo personal para llegar hasta allí.

Dentro de un ambiente preparado para el juego de niños y padres hay aspectos que también de alguna manera favorecen u obstaculizan este estar presente, aunque tampoco son garantía de ello.

La práctica del silencio y el evitar la utilización del lenguaje innecesariamente, generalmente en momentos de incertidumbre, de no saber qué hacer, de sentir la sensación de "no estar haciendo nada" es una cuestión importante. El lenguaje muchas veces es la mejor herramienta para evadirnos de una situación que nos incomoda o simplemente de evitar la sensación de "vacío". El lenguaje nos lleva a lo racional, por lo que suele evadirnos de una situación que nos genere una emoción intensa que quizás no estemos viviendo plenteramente. Frente a la angustia de la incertidumbre la palabra me distrae, generalmente me lleva a otra situación, al pasado o al futuro.

También podemos pensar en la práctica del silencio interno como un ejercicio que favorece esta cualidad de nuestra presencia. Como si se tratara de una práctica meditativa de silenciar nuestra mente, nuestros pensamientos, vaciarnos de nuestros propios enredos mentales, prejuicios, ideas, teorías, modelos etc. Sólo a través de este estado vacío de la mente es que encontraremos una comunicación auténtica con el niño. "En una mente silenciosa el niño encuentra espacio".²

Muchas veces se dice desde la teoría, que en el trabajo con niños pequeños, los adultos "prestamos" el lenguaje al niño, o "ponemos en palabras" lo que el niño todavía no puede hacer por sí mismo. Siento que muchas veces esto puede ser

² Juan, Pere. Material diseñado para módulos de formación del ICE. Año 2006.

ajustado, pero otras veces, he observado que mi lenguaje puede distorsionar o dirigir la experiencia del niño cuando mi descripción de lo que él está haciendo también implica una interpretación. Y hasta algunas veces la descripción de lo que el niño está haciendo "sobra", porque ya lo está haciendo y no necesita que nadie relate lo que él está experimentando por sí mismo.

Sí encuentro que el lenguaje tiene un sentido cuando la experiencia que el niño está viviendo percibimos que desborda su capacidad de comprensión y "asimilación". Por ejemplo, cuando un niño se asusta frente a una caída brusca e inesperada invadiéndole una emoción que lo desborda en su capacidad de comprensión. En este momento nuestro lenguaje que pone en palabras su miedo o su susto, es parte de nuestro acompañarlo en esta vivencia displacentera y le hace sentir que estamos allí a su lado para acompañarlo y sostenerlo en esta experiencia desagradable también. Con nuestra palabra construimos un puente entre su emoción y su comprensión.

En un espacio de juego donde conviven niñ@s y adultos es importante también minimizar el lenguaje verbal entre los adultos. Si la norma del espacio es que los adultos durante un determinado tiempo-espacio estemos exclusivamente con los niños y compartiendo este espacio con otros adultos pero con la mínima utilización del lenguaje verbal, realmente hay algo del clima que se genera que potencia la experiencia increíblemente. Las conversaciones entre los adultos en este tipo de espacio de juego "invaden" el espacio de los niños y lo monopolizan con la energía del mundo adulto.

Cuando los niños se sienten escuchados y respetados durante el tiempo necesario luego son capaces de respetar también los espacios que los adultos nos reservamos para hablar de la experiencia y lo que necesitemos compartir sobre nuestras percepciones y vivencias.

Al decir de Agnès Szanto, el tiempo de los bebés es infinito, el instante de malestar o de sufrimiento es infinito como así también el de bienestar y el de alegría. Son las vivencias que dejan huellas, que abren o cierran al mundo. Esto implica para los adultos, la familia, los profesionales y la sociedad una gran responsabilidad y un extraordinario desafío porque es en los más pequeños detalles de la vida cotidiana que se concretan o naufragan las más bellas teorías.³

Verónica Antón

³ "Los Organizadores del Desarrollo". Myrtha Hebe Chokler